

Mediodía, Arlés, Marsella, Montpellier, Carcasona, Moissac, Albi, dotadas de ciertos derechos por tradición, forman personalidades morales y jurídicas, nada indica, sin embargo, que posean ya una magistratura municipal salida libremente de la elección. Las actas oficiales que prueban el gobierno autónomo de los cónsules pertenecen a un período bastante posterior a los comienzos del siglo XII.

Antes de la Reforma eclesiástica y de la Cruzada, las burguesías de Francia viven obscuramente, desconocidas casi de aquellos que escriben la historia, ocultas en las sombras de los señorios.

CAPÍTULO II

LOS GRANDES SEÑORÍOS Y LAS DINASTÍAS PROVINCIALES

I. Los grandes señorios.—II. El Norte.—III. El Mediodía.—IV. Las dinastías. Condes de Flandes.—V. La dinastía normanda.—VI. Eudo de Blois.—VII. Los fundadores del Estado Angevino.—VIII. Los duques bretones.—IX. Los duques de Borgoña.—X. Los duques de Aquitania.—XI. Los condes de Tolosa y de Barcelona.

I.—Los grandes señorios (1)

Desdeñosos de lo que pasa en el mundo de los siervos, indiferentes a la realeza decaída, los cronistas del siglo XI se fijan con preferencia en las poderosas figuras de barones, de obispos y de abades, terror ó admiración de los contemporáneos. El interés histórico se ha alejado del centro, de donde ha desaparecido el poder regulador, para desparramarse por los grandes feudos. Antes de dar a conocer las razas señoriales y las personalidades que gobernaban entonces las provincias, es preciso mostrar el teatro en que se mueve el alto feudalismo.

Los Capetos se ven reducidos a no reinar más que en la Isla de Francia, en algunos condados de la Brie, de la Beauce, del Beauvais y del Valois; país privilegiado, en verdad, donde convergen las corrientes de agua y los caminos del Norte y donde abundan las grandes forestas. Posee París, capital admirablemente situada, y Orleans, la ciudad sabia, poblada de literatos y estudiantes. Los obispos reales de Beauvais, de Noyón, de Châlons, de Laón, de Langres, y sobre todo el arzobispo de Reims, reconocen el poder directo del rey, le proporcionan dinero y soldados. Pero su dominio inmediato es muy limitado y su autoridad a menudo desconocida por los pequeños castellanos que se han multiplicado en el mismo corazón de sus posesiones; y en todas partes se levantan a su alrededor, aprisionándole, las fronteras de los grandes señorios que los siglos IX y X han visto constituirse y acrecentarse.

La Francia del Norte es el terreno histórico por excelencia, el país «de vida fuerte,» sitio de las grandes

(1) FUENTES.—Colección de los *Historiens de France*, tomos X y XI.

OBRAS DE CONSULTA.—Pfüster, *Etude sur le règne de Robert le Pieux*, 1885. F. Lot, *Les Derniers Carolingiens*, 1890. Imbart de La Tour, *Les Elections Episcopales dans l'Eglise de France, du IX au XII siècle*, 1890. Longnón, *Atlas historique de la France*, 1889. Luchaire, *Manuel des Institutions Françaises*, 1892, segunda parte. Glasson, *Histoire du Droit et des Institutions de la France*, tomo IV, 1891.

dominaciones del pasado. Es allí, precisamente, donde el nuevo régimen se ha arraigado con más vigor, y donde la religión de la Edad media ha informado más profundamente los espíritus. Sobre este dominio de la lengua de *oïl*, el feudalismo y la Iglesia reinan sin obstáculo. Allí han surgido vastos principados, que no han dejado al rey más espacio que el estrictamente necesario para vivir. En esas llanuras cultivadas ó cubiertas de árboles que se extienden hasta perderse de vista alrededor de París, las comunicaciones son fáciles, la tierra es rica y poblada. Poderosos Estados feudales, como Flandes, Anjou, Normandía, han podido fácilmente constituirse allí, prosperar y ejercer la supremacía política.

Más allá del Loira, remontando hacia la áspera región de Auvernia, y más lejos todavía, en el valle del Garona, dominado por la cordillera pirenaica, se aglomeran otros grupos de feudos dependientes de otros Estados. Es la Francia del Mediodía un país de altos terrenos, en que las montañas, las corrientes de aguas torrenciales y los valles profundos separan los señorios, aíslan los pueblos y hacen imposible la unidad impuesta por un poder fuerte. La Francia meridional, dividida en fragmentos por tantos obstáculos naturales, no tiene centro; tiene, sí, muchas grandes villas: Limoges, Burdeos, Tolosa, Montpellier, Nimes; pero ninguna verdadera capital. La enorme barrera de la Meseta Central obliga al Mediodía a orientarse, preferentemente, hacia el Mediterráneo, Italia y hasta España. Allí se encuentran sus afinidades más fuertes, sus relaciones de comercio, de arte, de literatura y de amistad.

Esas dos Francias eran entonces profundamente distintas. La Edad media dió aún por mucho tiempo el nombre comprensivo de «Aquitania» al país limitado por el Loira, el Mediterráneo y el Océano. Aunque políticamente formase parte integrante del reino capeto, se seguía aún oponiendo uno a otro los dominios étnicos de «Aquitania» y de «Francés.» Desde el siglo X, ya no existía de hecho la realeza en Aquitania: el feudalismo de los duques y de los condes la había reemplazado; y sin embargo, la idea y la palabra de *reino* no habían desaparecido. «Reyes de los franceses y de los aquitanos,» así se titulan á veces los primeros soberanos de la raza de Luis el Fuerte, Eudo y Roberto I, y los últimos carlovingios, Luis de Ultramar y Lotario, como si ciñeran una doble corona. La Francia del Mediodía no había sido nunca más que un dominio anexo a la Francia del Norte. Los reyes merovingios y carlovingios habitaron en ella raramente: la consideraban como país extranjero que se dividían como botín de guerra y donde iban á hacer cabalgadas y á saquear el país. En el siglo IX el régimen feudal se difundió allí como en otras partes, pero el espíritu aristocrático y militar era allí menos intenso. Por lo demás, se hablaba allí otra lengua, la *lingua provincialis*, el provenzal ó la lengua de *oc*, más semejante al latín por la sonoridad y la armonía. Una civilización menos ruda, más tolerante para los inferiores, hasta para los judíos; las diferencias de condición menos marcadas entre las clases sociales; la conservación de grupos numerosos de hombres libres, propietarios de alodios, que dependían solamente del alto señor; el uso del derecho romano conservado en las costumbres locales y en los actos judiciales; la mayor importancia política de los burgueses ricos: todo, en

fin, distinguía a los aquitanos de los franceses propiamente dichos. Otras costumbres, otra organización social, casi puede decirse otra nación. Hombres del Norte y hombres del Mediodía se frecuentaban poco, se entendían mal y no se tenían mucha voluntad.

II.—El Norte

Al extremo Norte, en la región baja, donde termina, entre la meseta de los Ardenas y el mar, la gran depresión europea, el condado de Flandes que limita por un lado el río Escalda, se extiende por el otro sobre el litoral francés hasta la Cancha. Comprende así la plana marítima de Gante, Brujas é Ipres, villas flamencas, con su dialecto germánico, y el país «walón,» en el que las gentes de Lila, Douai, Arras y San Omer hablan un dialecto contraído y duro, la forma más septentrional y más alterada del idioma francés. Con sus fértiles praderas cruzadas de canales, su población robusta y exuberante, sus villas ya repletas de mercaderes y de obreros, sus numerosos castellanos que empiezan a formar casi en todas partes líneas hereditarias, sus condados vasallos de Boulogne, de Guines y de San Pol, Flandes es un feudo compacto, imponente, destinado por su situación entre Francia, Inglaterra y Alemania al más brillante porvenir.

Al Oeste, si el rey de Francia quiere ir más allá de Nantes, viene a toparse con el «ducado de Normandía,» potencia a la cual sus orígenes y el carácter de su constitución política dan una fisonomía bien marcada. A los antiguos piratas escandinavos, a los normandos, pertenecen la antigua ciudad de Ruán, con su arzobispo y su corporación de mercaderes marítimos, las villas episcopales de Evreux, de Bayeux, de Séz, de Lisieux y de Coutances, los centros comerciales de Caen y de Alençon, el puerto de Dieppe, la ricas abadías de Jumièges, de Saint-Wandrille y de Fécamp. El tratado de Saint-Clair-sur-Epte, que cedió la Neustria marítima a los compañeros de Hrolf ó Rollón, no había hecho más que cerrar una inmigración empezada en fecha muy remota. En esa tierra nutritiva y atrayente entre todas, el jefe normando había hallado compatriotas ya establecidos en muchos lugares. El estudio de los nombres de lugares de la provincia y hasta el de los vocablos del dialecto normando que son de origen escandinavo; el examen del tipo físico (aún caracterizado hoy día) de los aldeanos de Bessin y de Cotentin, prueban cuán numerosos debieron ser los invasores. No por ello habían dejado de sufrir, como siempre sucede, la influencia de la civilización indígena, superior a la suya, de modo que al cabo de una generación la población galo-franca había impuesto a la mayoría de los invasores la lengua romana y la religión de Cristo. Profundamente transformados, esos paganos arraigaron en la patria adoptiva, y la Normandía del siglo XI será una de las provincias en que se manifestará de modo más esplendente el genio francés.

Los «condados de Blois y de Champaña» envuelven al Este y al Sur las tierras del rey. Estrechamente emparentadas, las familias que están investidas de aquellos condados poseen la mayor parte de la Brie, la meseta de Champaña, la Beauce chartresiana, las laderas del Blésois y de la Turena, los pantanos de la Sologne y

un rincón del Berri. Son dueñas de Provins, Troyes, Chartres, Blois, Tours, Vierzon y Sancerre. Pero todas esas posesiones no forman una masa compacta y coherente. La dinastía de Blois sufrirá tanto más de la dispersión de su feudo, terreno mal preparado para un gobierno fuerte, cuanto que observa mejor que ninguna otra la costumbre germánica de la división de la herencia y no cesará de rechazar las ventajas del derecho de primogenitura. Y sin embargo, el señor a quien pertenece este dominio separado en fragmentos ocupa una situación de primer orden en el mundo feudal. Lleva el título de «conde palatino,» recuerdo de la era carlovingia. El papel importante que desempeñará en la historia general de los siglos XI y XII es debido sobre todo a la posición de sus dominios, que limitan por muchos lados los dominios del rey de Francia. Por espacio de cerca de doscientos años será el adversario constante de la realeza.

Los «condes de Anjou,» antiguamente simples vizcondes, ascendieron en la jerarquía cuando el duque de los francos, su señor, se hubo apoderado de la corona. Habían ido creciendo poco a poco, durante la noche del siglo XI, en el país adonde el Maine lleva el tributo de sus tres ríos. Su feudo, con las capitales, Angers y Saumur, posee la unidad que falta al de Blois, y cuando se habrá acrecentado con la Turena y el Maine, sus anexos naturales, se colocará en primera fila de los grupos del feudalismo. A pesar del antiguo dicho atribuído a César sobre los *Andecavi molles*, los angevinos del siglo XI son rudos soldados, aguerridos por sus luchas perpetuas contra los invasores normandos y bretones que intentaban remontar el valle del Loira. Empezaron por encantar el Poitou y la Bretaña y acabarán por anexionarse, al cabo de ciento cincuenta años, la mitad de Francia y la Inglaterra.

Bajo los Capetos como bajo los Carlovingios, la Bretaña quedaba siendo una nación aparte y cerrada, con la cual la realeza tuvo muy pocas relaciones. Si aún hoy mismo esta «isla continental,» que no ha servido de camino de emigración a ningún pueblo y se encuentra fuera de las grandes vías de comercio, conserva con obstinación su raza, su lengua, sus usos y sus creencias de otros tiempos, se puede juzgar del aspecto original que ofrecía al principio del siglo XI. Una verdadera tierra de salvajes, al decir de los cronistas de aquel tiempo que hablan, es verdad, de los bretones celtisantes como puede hablarse de pueblos remotos cuyo idioma no se comprendía: país de usos primitivos, en el que los curas y los obispos tenían la costumbre de casarse y de transmitir los cargos a sus hijos. En esa iglesia bretona, enemiga de toda dominación extranjera, sólo con mucho trabajo introdujeron los Papas su supremacía y su moral. Desde el siglo IX, para hacerse provincia independiente, la iglesia bretona había roto con el arzobispado de Tours y hecho del obispo de Dol un metropolitano. Los obispos de Cornuailles, León, Dol, Aleth (Saint-Malo), Saint-Brieuc y Tréguier no eran más que antiguos monasterios transformados, porque durante mucho tiempo la Bretaña fué por excelencia, como Inglaterra, la tierra de los monjes, y los abades omnipotentes ejercían allí el episcopado. Sus diócesis, correspondientes a la distribución de los armoricanos en tribus, son las verdaderas divisiones territoriales del país, de la misma manera